

# Turquía: hacia una política exterior neo-otomana

Ildfonso González

---

**Consciente de su valor geoestratégico, Turquía ha abandonado el sometimiento a Occidente para emprender una política exterior que combina el diálogo con la coerción. Junto al papel como puente energético, el mayor activo actual es su labor de mediador en Oriente Próximo.**

---

**P**az en casa, paz en el mundo” era el lema en política exterior del fundador de la Turquía moderna, Mustafá Kemal *Atatürk*. Incluso hoy, casi un siglo después de pronunciada, conserva todo su vigor como frase recurrente en la vida nacional turca. No obstante, la realidad es que desde la creación de la república, en 1923, la consigna pacifista que debía regir la diplomacia del país euroasiático ha derivado en una hermosa declaración de intenciones más que en una práctica habitual y asumida. Salvo momentos puntuales, el último siglo no ha sido para Turquía sinónimo de paz interior y relaciones de buena vecindad. El Estado ha vivido obsesionado por su seguridad y, en consecuencia, el peso de las fuerzas armadas en la toma de decisiones ha sido netamente mayor que el del poder civil.

Turquía se ha revelado incapaz de solucionar los tres grandes problemas que se plantearon con la transición de imperio a república y que estallaron a lo largo del siglo XX: el kurdo, el armenio y el chipriota. Asimismo, tampoco ha sabido despojarse de una mentalidad de frontera que surgió en las postrimerías del imperio, cuando sus tropas se impusieron a las grandes potencias europeas en la Guerra de Independencia. El sufrimiento y penurias de aquella década, que va de la Primera Guerra mundial a la firma del Tratado de Lausana, en 1923, perviven en la memoria colectiva de los turcos, un fenómeno que en parte se explica por el fervor patriótico con que se conmemora periódicamente cualquier fasto bélico.

Turquía continúa sintiéndose amenazada en el siglo XXI, a pesar de que sus enemigos se antojan difusos, cuando no inexistentes. Ahora que está ple-

---

**Ildfonso González** es periodista y experto en Relaciones Internacionales.

namamente integrada en la comunidad internacional y valorada por su inigualable posición geoestratégica, el país parece empeñado en identificar contrincantes, fuerzas tanto endógenas como exógenas que tratarían de minar los inquebrantables principios impuestos por *Atatürk*.

En el marco de este discurso de “el mundo contra nosotros”, se han llegado a dibujar aberrantes teorías de la conspiración. Por ejemplo, no pocas veces Ankara o sus medios de comunicación han acusado a Bruselas de recrear el espíritu de Sèvres, en referencia al tratado de 1920 que dejó al Imperio Otomano sin la mayor parte de sus antiguas posesiones, y planear la división del país. Igualmente, durante muchos años se consideró que Siria era un país que apoyaba al Partido de los Trabajadores del Kurdistan (PKK); que Irán era una teocracia que deseaba exportar la revolución islámica; que el Irak de Sadam Husein era una amenaza; y que Oriente Próximo en general formaba parte de un pasado con el que los kemalistas deseaban romper a toda costa.

### **Del aislamiento a una diplomacia independiente**

La única etapa del siglo XX en la que Turquía no tuvo problemas fue la comprendida entre 1923 y la Segunda Guerra mundial. El país euroasiático debía evitar a toda costa verse involucrado en aventuras externas, ya que la prioridad era sentar las bases políticas y sociales de la nueva república, así como superar la grave crisis económica que sucedió a la Guerra de Independencia. Se trató de un aislamiento autoimpuesto del que no salió hasta 1945, fecha en que dejó de ser neutral para declarar la guerra a Alemania y Japón. La suerte de la contienda ya estaba echada, pero aquella toma de posición a favor de los aliados le valió su admisión, con el estatus de miembro fundador, en las Naciones Unidas.

A partir de entonces, Turquía giró radicalmente hacia el Oeste, convirtiéndose en un aliado incondicional de Estados Unidos y Europa occidental. El bloque capitalista le sirvió de aval en el contexto mundial, como quedó demostrado con el ingreso de Turquía en las principales instituciones internacionales: el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la OTAN, el Consejo de Europa, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico y la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, entre otras. En contrapartida, el gigante euroasiático se transformó en un nuevo satélite norteamericano. Su misión era tanto evitar la continuación de la expansión del comunismo, como erigirse en la potencia regional estabilizadora de una zona tradicionalmente voluble y hostil para los occidentales.

Así las cosas, fue un juego de suma cero. Por poner un ejemplo, Turquía perdía a 717 de sus soldados en la guerra de Corea pero, a continuación, Washington permitía que el ejecutivo de Adnan Menderes desmontara completamente el Estado kemalista en la misma década de los cincuenta. De

igual forma, Washington miró hacia otro lado ante los golpes militares de la Turquía moderna y participó en la elaboración del plan que condujo a Ankara a atacar Chipre en 1974. Cinco años después, Turquía se revalorizó aún más: la caída del sah de Persia, el triunfo de la revolución islámica en Irán y la invasión soviética de Afganistán convirtieron Turquía en un país decisivo para la defensa de Oriente Próximo y de la propia Europa.

En 1991, con la Unión Soviética atomizada y Sadam neutralizado en la primera guerra del Golfo, Turquía parecía abocada a ocupar de nuevo un segundo plano en la escena internacional. Sin embargo, la realidad es que la caída de la URSS le abrió nuevos horizontes, como el establecimiento de unas relaciones más estrechas con los pueblos turcomanos de Asia Central, al tiempo que se consolidaba como una pieza clave, junto a Israel, en la defensa de los intereses de Washington en Oriente Próximo. En este sentido, el 70 por cien de los suministros que recibe el ejército estadounidense en Irak pasan por la base aérea de la OTAN en Incirlik, al sur de Turquía. Finalmente, Ankara constituye el único vigilante fiable de un Irán presuntamente nuclearizado, sin olvidar su papel como corredor energético entre Asia y el Viejo Continente.

Turquía es, si cabe, más valiosa hoy que hace unos años. La joven república es más consciente que nunca de su poder y, en consecuencia, cada vez está menos dispuesta a subordinar sus intereses a los de EE UU y Europa, sobre todo a raíz del enfriamiento de sus relaciones con Washington tras la guerra de Irak de 2003 y la dilación en el proceso de integración en la UE, que tanto hiere el orgullo nacional turco.

A todo ello se une el despegue de su economía y el auge de una mentalidad más tradicional, nacionalista e islamista. El objetivo de las autoridades turcas es dotarse de una política exterior independiente de Occidente, recuperando una autonomía y una posición de relevancia en su ámbito regional de la que no gozaba desde la desaparición del Imperio Otomano. Sólo así se entiende que Turquía haya establecido lazos con países que en otra época se consideraban enemigos, como Rusia y China, o que son en la actualidad cuando menos sospechosos para EE UU, como Siria e Irán. En este mismo contexto se explica el despliegue de una operación militar transfronteriza contra el PKK en el norte de Irak a principios de 2008, pese a no contar con el beneplácito de los aliados occidentales.


### **Equilibrismo en política exterior**

La nueva estrategia de Turquía en materia de política exterior se encuentra todavía en una primera fase. Despierta, además, no pocas suspicacias y malentendidos entre los actores internacionales. Por ello, el gobierno de Recep Tayyip Erdogan planea la creación de una Agencia de Diplomacia Pública (PDA, en sus siglas en inglés), una suerte de *lobby* oficial cuya principal ta-

rea sería, en palabras del ministro de Asuntos Exteriores, Ali Babacan, informar e influir a los medios de comunicación de todo el mundo para favorecer una imagen positiva sobre Turquía en la opinión pública internacional.

De momento, la diplomacia turca del siglo XXI, que podría calificarse de equilibrista, combina el diálogo con la coerción. Por un lado, la república ha tratado de mantener unas relaciones correctas con sus vecinos, desde Israel a Irán, así como con las grandes potencias, EE UU y la UE. Al respecto, el país se ha convertido en un mediador de conflictos de primer orden. Además de participar en varias misiones internacionales de la ONU y la OTAN (como la KFOR en Kosovo, la ISAF en Afganistán y la Finul en Líbano), Ankara está buscando un mayor entendimiento entre israelíes y palestinos y el consenso entre afganos y paquistaníes para luchar conjuntamente contra el terrorismo

islamista. Igualmente, su suelo ha acogido numerosos encuentros internacionales y, de forma puntual, las conversaciones entre la UE y Teherán por el controvertido programa nuclear iraní.

  
*El mayor activo  
de la diplomacia  
turca es hoy su  
labor de arbitraje  
entre sirios  
e israelíes*

En cualquier caso, el mayor activo de la diplomacia turca radica hoy en su labor de arbitraje entre sirios e israelíes, cuya ruptura de relaciones se remonta cuatro décadas atrás. La intercesión de Ankara desde principios de 2008 ha posibilitado que se reanuden las conversaciones sobre los Altos del Golán, territorio sirio ocupado por Israel en la Guerra de los Seis Días (1967), después de un parón de ocho años. Aunque la consecución de

un acuerdo se antoja complicada, ya que depende de la mayor o menor implicación de Washington y de la disposición de las partes a realizar concesiones traumáticas, la mediación turca evidencia su clara voluntad de desempeñar un papel más activo en la resolución de conflictos en Oriente Próximo. El objetivo sería multiplicar su influencia regional aprovechando su peso económico, el poderío de sus fuerzas armadas y su pasado histórico.

Por otra parte, la Alianza de Civilizaciones promovida junto a España ante la ONU es el mejor ejemplo de la diplomacia dialogante y conciliadora, basada en el acercamiento y comprensión entre pueblos, que pretende publicitar Turquía. No obstante, Erdogan ha vinculado en varias ocasiones el éxito de la iniciativa a la adhesión de su país al “club comunitario”.

Frente a la política de “llevarse bien con todos”, Turquía no ha dudado en recurrir a una diplomacia coercitiva e incluso beligerante cuando considera que su seguridad nacional está en juego. Así ha ocurrido en 1992, 1995, 1997 y 2008, con el lanzamiento de ofensivas armadas a gran escala contra los santuarios del PKK en el Kurdistán iraquí.

El principal problema de la nueva diplomacia turca, que algunos expertos tildan de “hegemónica” o “neo-otomana”, es que no le asegura que vaya

a conseguir el estatus de potencia regional. Por el contrario, dicha actitud podría conducirle al aislamiento, ya que los países de la zona o las propias fuerzas globales tratarían de alinearse para ejercer de contrapeso a su emergente poder. Aunque es cierto que una estrategia agresiva y combativa es capaz por sí misma de influir en los acontecimientos de la región, también puede trastornar aún más el frágil equilibrio del área e incluso las relaciones entre el ejército y el poder civil en Turquía.

### **Relaciones con EE UU y la UE**

La ruptura que supuso la desaparición del Imperio Otomano, con el paso de una teocracia islámica a una república laica, también afectó a la política exterior. Bajo la férrea batuta de *Atatürk*, Turquía se desligó de su pasado musulmán y trató incluso de emular a Occidente, como sinónimo de progreso y modernidad. El acercamiento a EE UU se inició tras la Primera Guerra mundial, cuando se llegó a barajar la posibilidad de que el incipiente Estado se convirtiera en un protectorado norteamericano. Desde entonces, Washington y Ankara se han comportado como dos firmes aliados, sobre todo durante la guerra fría.

No obstante, los lazos entre ambos países no han estado exentos de tensiones, particularmente cuando EE UU ha considerado que las actuaciones o decisiones de Turquía no servían a sus intereses. Sus relaciones estuvieron suspendidas entre 1917 y 1927, mientras que entre 1975 y 1978 Turquía padeció un embargo armamentístico como represalia por la invasión del norte de Chipre debido a un reordenamiento de la política exterior norteamericana.

Asimismo, Washington optó por estrechar sus lazos con los kurdos iraquíes cuando el Parlamento turco se negó a autorizar un despliegue masivo de tropas norteamericanas en su territorio para la ocupación de Irak en 2003. Precisamente, la aventura bélica de EE UU en el país árabe elevó el antiamericanismo en Turquía hasta límites insospechados. En 2007, tan sólo el nueve por cien de los turcos tenía una opinión favorable de los estadounidenses, frente al 52 por cien de 2002. El momento de tensión más reciente se vivió en el verano de 2007, cuando la Cámara de Representantes de EE UU estuvo a punto de aprobar una resolución de condena del genocidio armenio y Turquía decidió retirar temporalmente a su embajador en Washington.


Con todo, el deterioro de los vínculos entre EE UU y Turquía no ha dejado de ser coyuntural. El incalculable valor que se atribuyen recíprocamente y los intereses que sendas naciones comparten en la zona impiden que sus discrepancias deriven en un punto muerto o en una ruptura de sus relaciones. El último episodio de colaboración activa ha tenido como escenario Irak. Desde la primavera de 2007, y con especial intensidad desde octubre de

ese año, Turquía amenazaba con entrar en el norte iraquí para aniquilar las bases de los terroristas del PKK. El gobierno de George W. Bush, que en un principio se había cerrado en banda a cualquier operación militar que pudiera agravar aún más el frágil equilibrio iraquí, terminó por ceder y apoyar con información de inteligencia bombardeos periódicos de la aviación turca, que han dejado centenares de víctimas en la región del Kurdistán.

Las relaciones entre Turquía y el Viejo Continente también se estrecharon tras la Segunda Guerra mundial, hasta el punto de que en 1963 suscribieron un Acuerdo de Asociación cuyo artículo 28 abría el camino a una futura adhesión de Ankara a la entonces Comunidad Económica Europea (CEE). Sin embargo, tuvieron que pasar 42 años, hasta 2005, para que comenzaran formalmente las negociaciones. A día de hoy no se ha fijado aún

una fecha de entrada, si bien las autoridades turcas, de la mano del gobierno proeuropeísta de Erdogan, se han propuesto conseguirlo en 2013 mediante la aplicación de un colosal y profundo programa de reformas.

El proceso se está dilatando tanto que la clase política y la sociedad turcas empiezan a dar síntomas de desgaste. El porcentaje de apoyo a la UE entre la población de Turquía es de un 27 por cien, aunque algo más de la mitad de los ciudadanos considera que la plena integración tendría efectos positivos para toda la nación. Mientras, el conocido como *establishment* laico, un

  
*El sector laico de  
Turquía –ejército,  
poder judicial  
y burguesía–  
integra el bando  
antieuropeísta*

grupo homogéneo que incluye al ejército, el poder judicial, la administración pública y la burguesía urbana, se ha puesto al frente del bando antieuropeísta. Su principal argumento de cara a la opinión pública es que la adhesión a la UE implicaría una serie de reformas susceptibles de erigirse en un elemento desestabilizador o perturbador de la seguridad e integridad del Estado. No obstante, la razón oculta de su campaña de descrédito contra la UE es que materializar los cambios que exige Bruselas supondría una pérdida de su tradicional cuota de poder, como ocurriría en el caso de “mejorar el control civil de los militares”.

Mientras, las señales enviadas desde la UE no son halagüeñas. La crisis en el proyecto europeo después del “no” de Irlanda al Tratado de Lisboa podría poner en punto muerto las próximas ampliaciones, que afectan a Croacia y Turquía. De todas formas, la UE ya se ha encargado de dejarle claro a Ankara que su entrada está supeditada a un extenso abanico de requisitos cuyo cumplimiento está lejos de conseguir en la actualidad. Las conversaciones permanecen prácticamente estancadas debido al escaso avance de Turquía a la hora de efectuar reformas internas, al contencioso irresuelto de Chipre y a la resistencia de determinados países como Francia o Austria a

dejar que el país euroasiático forme parte de la UE como miembro de pleno derecho, básicamente porque “Turquía es demasiado grande, demasiado pobre y demasiado musulmana”.

Así, a día de hoy, sólo se han abierto ocho de los 35 capítulos que componen las negociaciones. Otros se encuentran congelados desde diciembre de 2006 hasta que Turquía no abra sus puertos y aeropuertos a los barcos y aviones chipriotas. Por otra parte, todo el proceso se podría paralizar –quién sabe si definitivamente– si la justicia decide ilegalizar al Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), en el gobierno.

Aun así, la UE es consciente del papel vital que podría desempeñar Turquía en la preservación de los intereses de la Unión, tal como reconoció el año pasado la Comisión Europea en un documento relativo a la ampliación. En este sentido, recordaba que Turquía es un actor clave para la seguridad del suministro energético de Europa, elogiaba su participación en varias misiones de la ONU y la OTAN y subrayaba su papel de intermediario único entre Occidente y el mundo musulmán. Al respecto, se centraba en su participación en el proceso de paz en Oriente Próximo y en sus constructivos contactos con Irán para hallar una salida al diferendo nuclear. La labor de avanzada de la UE en la región explicaría por sí misma la laxitud de Bruselas a la hora de exigir a Turquía la retirada definitiva de sus tropas del norte de Irak y la búsqueda de una solución negociada al problema kurdo.

### **Irak, Chipre y Armenia**

El actual estado de las relaciones entre Turquía e Irak es la consecuencia de lo que ocurrió en 1992, justo después de la primera guerra del Golfo, cuando se formó un Parlamento kurdo en el norte de Irak que acordó federarse con un futuro Irak democrático. Aquella situación disparó todas las alarmas en Turquía, porque aparentemente estaba emergiendo un Estado kurdo, el cual no sólo podía servir de refugio y base segura a los activistas del PKK, sino que también fomentaría el separatismo de la población kurda en el país euroasiático. Aquella doble tesis, formulada hace casi dos décadas, continúa gozando de la misma vigencia en Ankara y, en parte, se ha demostrado cierta.

Por un lado, Turquía se hartó de denunciar en 2007 que unos 3.800 milicianos del PKK campaban por sus respetos en el norte de Irak: vivían, se entrenaban e infiltraban puntualmente en territorio turco, ante la incapacidad e incluso indiferencia de las fuerzas de seguridad iraquíes y estadounidenses. La estrategia de las autoridades turcas consistió en lanzar una guerra total contra el PKK en el este del país que, combinada con una diplomacia coercitiva con Bagdad y Washington, terminó extendiéndose en forma de operaciones puntuales al norte de Irak. Para sostener legalmente sus ofensivas en un país vecino, aparte de apelar a intereses de seguridad nacional, Ankara invocó el derecho de persecución transfronteriza (*hot pursuit*) sin

aviso previo, que ya se contemplaba en un acuerdo bilateral de 1926 y que se mantuvo en vigor hasta 2003, cuando Sadam lo anuló en vísperas de la invasión estadounidense.

Asimismo, en su lucha contra el terrorismo del PKK, Turquía está recibiendo la colaboración de Siria y, sobre todo de Irán, países con los que comparte frontera. Las tropas turcas e iraníes han desplegado incluso operaciones conjuntas desde 2006 en el norte de Irak. La actual situación, con la implicación de Damasco y Teherán, representa un dilema para EE UU, que se debate entre su tradicional política de dar luz verde al enfoque militarista de Turquía hacia el problema kurdo o ejercer presión sobre su fiel aliado hacia una solución política, tal como hace la UE.

La estabilidad de toda la región está en juego, pero especialmente la del norte de Irak, reconocida hasta ahora como la zona más tranquila y próspera del país. No obstante, la situación podría destrabarse en el futuro, después de que Turquía accediera, la pasada primavera, a mantener conversaciones con las autoridades kurdas iraquíes, una posibilidad descartada con vehemencia por el anterior presidente de la república, Ahmet Necdet Sezer. De hecho, es previsible que la administración estadounidense que emerja de las elecciones presidenciales de noviembre busque una mayor implicación de Turquía en la estabilización de Irak, ya que conseguir la colaboración de Siria o Irán se antoja improbable.

Por otra parte, Turquía teme que una probable anexión de la región petrolífera de Kirkuk al Kurdistán iraquí anime al gobierno semiautónomo del norte de Irak a declarar un Estado kurdo independiente que, a su vez, estimule el separatismo de los millones de kurdos que habitan el este y el sureste de Turquía. Con objeto de paralizar todo el proceso, Ankara está consiguiendo retrasar sine die el referéndum sobre el estatus de Kirkuk que debía celebrarse en 2007. Turquía argumenta que aún no se cumplen las condiciones mínimas de seguridad en la zona para su celebración. Igualmente, amplifica las denuncias de las comunidades suní y turcomana, según las cuáles las autoridades locales estarían tratando de influir en el resultado del plebiscito mediante el traslado a Kirkuk de miles de kurdos deportados forzosamente durante el régimen de Sadam.

La ONU ha intervenido en el caso y en junio propuso una solución en tres etapas que debe concluir con un referéndum que establezca si la población local desea seguir formando parte de Irak bajo jurisdicción de Bagdad, si prefiere integrarse dentro de la región semiautónoma kurda o si opta por dotarse de un estatus especial como zona independiente dentro del país. Hasta ahora, los kurdos han exigido que la ciudad, de donde sale en torno a una cuarta parte del petróleo que produce Irak, se incorpore al Kurdistán.

A pesar de las serias diferencias de criterio sobre la estrategia a adoptar en el problema kurdo, Turquía e Irak no han roto sus relaciones diplomáti-

cas. Los dos únicos países con los que Ankara no mantiene relaciones a día de hoy son Chipre y Armenia.

Los desencuentros entre el país euroasiático y la isla mediterránea se remontan a la década de 1960, cuando a la independencia de Chipre del dominio británico le siguieron graves disturbios entre las comunidades greco-chipriota y turco-chipriota. La ruptura se formalizó en 1974, cuando el ejército turco ocupó el norte de la isla en respuesta a la amenaza de la *enosis*, la anexión del país a Grecia que impulsaba el régimen dictatorial de los coroneles desde Atenas. Nueve años más tarde, se proclamó unilateralmente la República Turca del Norte de Chipre (RTNC), sólo reconocida internacionalmente por Ankara. Un plan auspiciado por la ONU para la reunificación de la isla estuvo a punto de salir adelante en 2004, pero la población greco-chipriota se decantó masivamente por el “no” en un referéndum respaldado por el “sí” en la zona turco-chipriota. Las esperanzas de una solución negociada al problema de Chipre se han avivado con la elección del comunista Dimitris Christofias como nuevo presidente de la república en febrero. Desde entonces, se han registrado sustanciales avances: las dos partes han expresado su compromiso de propiciar un acuerdo en torno a un Chipre bicomunal, bizonal y federal; los mandatarios de los dos lados se han reunido en varias ocasiones, se han puesto en marcha de nuevo seis grupos de trabajo y siete comités técnicos y se ha reabierto al tráfico de peatones la famosa calle Ledras de Nicosia.

Las perspectivas también son favorables en el caso de Armenia, aunque los avances al respecto son aún lentos y escasos. Turquía fue uno de los primeros Estados en reconocer la independencia armenia en 1991, pero, debido al conflicto con Azerbaiyán en torno al enclave de Nagorno-Karabaj, Ankara impuso a Ereván en 1993 un bloqueo terrestre que aún perdura. No obstante, el principal punto de fricción entre ambos países es el genocidio de 1,5 millones de armenios a manos del Imperio Otomano en 1915.

Aunque Turquía reconoce que fue una tragedia, niega que las muertes de armenios, que cifra en torno a 300.000, fueran el resultado de un plan de exterminio masivo. En cualquier caso, la distensión en los diferendos de Ankara con Nicosia y Ereván depende todavía casi en exclusiva de unas fuerzas armadas turcas que se han mostrado inflexibles en todo lo relacionado con la seguridad nacional y que han impuesto sus tesis a los gobiernos de turno.

Radicalmente distintas son las relaciones de Turquía con el resto de sus vecinos de la región, que se han intensificado desde la llegada al poder del islamista moderado AKP en 2002. En lo que se refiere a Irán y Siria, dos paí-

---

*Las relaciones de Turquía con sus vecinos se han intensificado desde la llegada del AKP al poder*

ses incluidos en el famoso “eje del mal” de Bush, y enemigos acérrimos de Israel, los vínculos de Turquía con ambos son cada vez más estrechos, sobre todo en el ámbito de la cooperación económica y energética. A pesar de que Ankara observe con recelo la eventual nuclearización de Irán, lo cierto es que tiene las manos atadas a la hora de exigirle a Teherán que ponga fin al enriquecimiento de uranio, ya que Turquía depende del gas iraní para sobrevivir. “Turquía e Irán tienen economías complementarias. Irán dispone de los recursos energéticos que necesitamos, y nosotros tenemos los productos industriales que Irán necesita. Esta es una oportunidad histórica para ambos”, señaló en mayo el ministro de Estado turco, responsable de Comercio, Kursad Tuzmen.

Un caso diferente es el de Israel. En 1959, Turquía fue el primer país musulmán que estableció relaciones diplomáticas con el Estado hebreo, convirtiéndose desde entonces en su gran aliado en la región. Aunque para ciertos expertos la relación estratégica entre Ankara y Tel Aviv es *contra natura*, cada capital obtiene interesantes réditos: Turquía se abastece de armas en el mercado israelí e Israel le compra agua, entre otros negocios.

Mientras, los lazos entre Turquía y Rusia no son especialmente estrechos, si bien se mantienen las formas, ya que ambos países compiten por convertirse en el corredor energético preferente entre Asia Central y los mercados europeos. La UE desea dejar de depender del gas ruso, Ankara lo sabe y quiere jugar la carta de puerta alternativa de la energía para Europa en su camino hacia la adhesión al club comunitario.

### Buscando su sitio

Así las cosas, ni Turquía encuentra “paz en casa” ni tampoco la halla en sus relaciones con “el mundo”. Aunque se esfuerza por potenciar sus lazos con los países de su entorno, al tiempo que cuida sus especiales vínculos con Occidente, tampoco duda en adoptar una posición de fuerza que raya la intransigencia cuando se trata de defender sus intereses. La estrategia de jugar a dos bandas, esto es, de conjugar una Alianza de Civilizaciones con operaciones militares en el norte de Irak, resulta cuando menos peligrosa, amén de contradictoria.

A la espera de una futura mayor concreción, la nueva diplomacia turca se debate entre el pacifismo y la beligerancia. De la mano del gobierno del AKP, Turquía está impulsando una corriente neo-otomana, que pone el acento en la estructura multicultural y multirreligiosa del Imperio Otomano. Pero, simultáneamente, el peso de las fuerzas armadas en la toma de decisiones relativas a los puntos de mayor fricción en política exterior (véase los casos kurdo, armenio y chipriota) continúa imponiéndose. El resultado es una mezcla confusa con la que, en cualquier caso, Turquía busca multiplicar su protagonismo tanto en la escena regional como en la internacional.